

Boletín mensual para los Servidores de la Renovación en el Espíritu Santo de Cuba

2. Primera Tentación de los Servidores: Búsqueda desmedida de los Dones-II

3. Algunas causas.

Nos hallamos frente a un engaño que pretende sorprendernos y enredarnos con cierta facilidad.

Quizás echamos de menos los dones que desearíamos y hacemos muy poco caso de los que realmente tenemos. Inconscientemente podemos aspirar a los que se clasifican como “extraordinarios” por parecernos que son una recompensa del Señor a nuestra obra o fidelidad. Ellos, -en el juicio de algunas personas-, muestran la santidad de la vida o el valor que merecemos ante Dios. ¡Nada más equivocado!

Cierto, el cambio moral, la orientación de todo nuestro ser hacia el Señor es uno de los signos de la “autenticidad” de los carismas de una persona.

Pero esto no equivale al juicio de Dios sobre nosotros. Tal persuasión y, sobre todo, la actuación a que conduce, puede ocultar una tentación sutil. El deseo inmoderado de carismas no se orienta precisamente a la gloria de Dios, a ayudar en la edificación, por la unidad y el amor de la Iglesia; sino “edificarse a sí mismo”: el deseo oculto de prestigio, de ser considerado en un nivel superior de santidad; el disimulado exhibicionismo... Resulta muy halagador verse traído y llevado en boca de admiradores; corren tras de uno demandándole oraciones, imposición de manos ... Nada de esto hemos notado en aquellos a quienes auténticamente el Señor ha favorecido gratuitamente con sus dones, por más extraordinarios que sean. La sencillez, la humildad y no hacer tanto caso de las alabanzas de los demás. Aceptan cortésmente sus palabras de elogio, pero su corazón está puesto firmemente en el Señor de quien proceden y en sus hermanos a quienes sirven.

Insistimos en la descripción un tanto exagerada, para poner más de relieve la peligrosidad de la tentación de la “carismanía”.

Tampoco hemos de olvidar el trabajo que pueden realizar nuestros profundos deseos subconscientes: es todo un mundo complejo que actúa desde la oscuridad activamente en nosotros. Aunque no nos toca estudiar ampliamente este aspecto, no está demás



saber que existe tal sector misterioso y que podemos ser víctimas de su actividad. Por eso hay que repetir una vez más: es necesario someter al discernimiento las mociones del Espíritu y lo que aparece como carismas, para averiguar, al menos con certeza moral, su calidad verdadera o falsa.

Nada de lo expuesto debe darnos intranquilidad y desasosiego; menos aún un temor enfermizo. Al contrario, se trata de un medio prudente de cerciorarnos sobre actividades internas que, no pocas veces, aparecen ambiguas. Es descubrirlas para entrarnos de lleno a la acción del Espíritu, si realmente proviene de El o para echarlas a un lado, si son un fruto de nuestros deseos ... o de la obra del “maligno”.

No olvidemos: el discernimiento, en cosas de cierta importancia, realizado por uno mismo, cuando personalmente le afectan, no da excesivas garantías de objetividad. Por eso San Ignacio de Loyola, valora mucho la ayuda espiritual para el discernimiento.

La Renovación necesita más que nunca, de santos y sabios maestros del Espíritu. La “ayuda espiritual” tiene una importancia especial dentro de ella. Refugiarse en “ya me guía el Espíritu; no necesito de ninguna ayuda ajena” es desconocer peligrosamente los pasos difíciles de la vida espiritual y los propios de la Renovación.

Resumiendo: Debemos estar dispuestos a aceptar cuanto el Señor nos regala; y atrevernos humildemente a pedir en abundancia los carismas del Espíritu, dentro del plan salvador del Señor para nosotros. Pero guardémonos de medir nuestro aprecio de la virtud, el amor de Dios, por la manifestación de los carismas. Todos somos entrañablemente, infinitamente queridos por el Señor, porque somos sus hijos, no porque poseamos uno o varios carismas.

4- Tratamiento

Como toda enfermedad, la “carismanía” lo es en sentido espiritual, requiere un tratamiento adecuado. Nos contentamos con insinuar algunos medios.

Sería muy laudable que las personas con síntomas de contagio, estuvieran dispuestas, con humildad, a descubrir su situación a una persona experimentada y aplicar los remedios que se le indicarán. Pero aquí está, precisamente, la dificultad: caer en la cuenta, admitir hallarse dentro de un campo espiritualmente peligroso. Es realmente difícil que uno, por sí mismo, si no es fuertemente iluminado por el Espíritu de Jesús, se dé cuenta de la situación interna en que se

encuentra. La enfermedad se agrava por la actitud que, frecuentemente, crea a nivel intelectual y emocional: una "dureza de juicio" contra la que pueden estrellarse las más prudentes indicaciones y aún la actitud del Señor.

Este, pues, sería el primer medio: la ayuda fraternal, no dada en plan de imposición, sino de un diálogo en el que participa la persona afectada y en la que va descubriendo su situación, llevada de la mano por un maestro espiritual de cálido sentido humano y por la acción interna del Señor.

A veces, puede ser súplica por el acto comprensivo de una persona, quizá menos experta en cosas del espíritu, pero de plena confianza para el sujeto, y entregada, en su propia vida, a la acción del Espíritu.

Es igualmente necesario indagar, hasta donde se pueda, el origen de la situación concreta. Aquí se hace imprescindible no sólo el tacto exquisito, sino un conocimiento, al menos suficiente para saber penetrar en la intimidad de la persona, sin herirla y empeorar la situación. Si no tiene cierta seguridad de éxito, por la experiencia en manejar casos semejantes o se siente auténticamente movida por el Señor para intervenir, lo aconsejable es renunciar a intervenir. No todos son aptos ni están preparados para misión tan delicada. Meterse a ayudar por propia iniciativa, cuando el caso es difícil, es arriesgarse a profundizar el mal, por más competente que pueda uno ser en espiritualidad y teología. La psicología tiene su propio valor y su misión. También aquí, no hay por qué dejarla a un lado sino utilizarla y vivificarla con la oración intensa al Señor. Ayudará, por tanto, no poco ir llevando al sujeto a la persuasión de que no todo es obra extraordinaria del Espíritu. Sería negarse a sí mismo el conceder al hombre cualidades para después dejarlas arrimadas como hemos subrayado suficientemente: la oración tanto personal, del propio sujeto, como la de sus hermanos y la súplica comunitaria.

Lo que E. D. O'Connor afirma debe ser consignado: "Tres son las fuentes de energía y actividad en la vida cristiana: La Natural comprende todo lo que emana o procede de la naturaleza humana. La Eclesiástica comprende

todo lo que procede de la institución hecha por Jesucristo. La Carismática abarca todo lo que emana de la libre inspiración del Espíritu Santo. Ninguna de ellas remplace a las otras; cada una tiene su propia función".

El último aspecto, el carismático, necesita ser discernido; sometido a los criterios que garantizan su procedencia del Espíritu de Cristo y no de nuestros deseos o de la acción subterránea del subconsciente o del "maligno".

En todos los tres enumerados debe entrar la oración como elemento vivificador que purifica motivaciones y se acoge al poder y al amor del Señor.

Otro recurso que en modo alguno debe ser omitido es el siempre mencionado, que Jesús era el profeta y el maestro que nos mostraba el camino que nosotros debíamos seguir. Y no solamente era quien nos enseñaba y mostraba por dónde caminar, era también nuestro modelo: El camino, la verdad y la vida.

Todo es verdad, naturalmente. Pero hemos de caer en la cuenta de que nosotros necesitamos poder para transformarnos; que no podemos enseñar y predicar y entonces esperar que la gente cambie sus vidas. Este puede ser también nuestro caso: una comprensión limitada, incompleta de la realidad espiritual. La oración, que pone a nuestra disposición el poder de Jesús actuante por su Espíritu, se hace imprescindible cuando se trata de volvernos hacia el Señor, convertirnos, entregarnos en mayor profundidad a su acción.

Dentro del medio citado puede entrar la oración de liberación interior. Hecha oportuna y discretamente, en espíritu de fe profunda y de amor comprensivo hacia el hermano, será una ayuda inapreciable.

Quizá, y hay casos que lo avalan, lo que no se ha podido conseguir por otros medios, se alcance por éste. Pero como en todo actuar del carismático, deben, también aquí, estar muy presente la prudencia y la caridad.

* * *

¿QUÉ SON LOS SEMINARIOS DE VIDA EN EL ESPÍRITU?

P. Diego Jaramillo.

El Seminario de Vida en el Espíritu es una experiencia de evangelización. En él se proclama el amor de Dios, se anuncia de modo claro e inequívoco a Jesús y se invita a los cristianos a llevar una vida nueva, dinamizada por la presencia del Espíritu Santo.

El Seminario de Vida en el Espíritu pretende que los cristianos puedan vivir plenamente la vida abundante que da Jesús (Jn. 10,10).

Se suele denominar "vida en el Espíritu" a la vida cristiana para aludir el papel fundamental que en ella desempeña el Espíritu Santo, y para indicar que quienes tratan de vivirla ya no pueden transitar por las rutas del pecado y de la carne, sino por las de la gracia y de la justicia. En esta experiencia espiritual ocupan un lugar primordial "el bautismo en el Espíritu Santo", llamado también "la efusión del Espíritu", "La liberación del Espíritu" o la "Renovación en el Espíritu", que es como un darse cuenta de la extraordinaria gracia que Dios hace al hombre, al querer vivir en nuestros corazones como en su templo, entrega libre que el hombre hace para que sea Dios quien le guíe y le conduzca en todo, y respuesta que da Dios al derramar su amor en nuestros corazones y al renovarnos cada día, haciéndonos crecer en su gracia y en su conocimiento.

El seminario de vida en el Espíritu desea lograr que cada cristiano viva la vida abundante mediante la presentación y la vivencia de los siguientes objetivos:

1. El descubrimiento progresivo de Dios.
2. La aceptación personal de Jesucristo.
3. La apertura a la acción carismática del Espíritu Santo.
4. El compromiso del cristiano con el hombre y con el mundo.
5. La formación de la comunidad cristiana.